

La Feria del Libro, en peligro

Han debido de pensar que como tocamos a tan pocos libros por español, para qué seguir dándole vuelo a la Feria del Libro en Madrid. Así resulta que la Feria, uno de los poquísimos festejos culturales multitudinarios que se dan en este país, parece condenada de ahora en adelante a ser casi clandestina. Por lo pronto, ya se la han llevado del centro sentimental de Madrid —el parque del Retiro— y la trasladan a la un tanto remota Casa de Campo. Y además se anuncia que van a cobrar una entrada de cincuenta pesetas a cada visitante. Como si uno fuera al Zoo. Claro que dicen que esos diez duros se descontarán de la primera compra que se haga en la Feria.

Recientemente, el alcalde de Madrid, profesor Tierno Galván, ha dicho que hará lo más posible por la Feria. El nuevo Ayuntamiento democrático se lo ha encontrado todo "atado y bien atado". Una especie de regalo envenenado de ese Instituto del Libro Español (INLE) que no sirve más que para darnos datos estadísticos escasamente fiables y, posiblemente, del madrileño Gremio de Libreros, que siempre se ha mostrado escasamente proclive a una exhibición que les quitaba clientela. En contrapartida, el profesor Tierno ha anunciado su proyecto de poner en marcha una verdadera Feria del Libro de carácter permanente, a la que se añadirían otras actividades culturales.

Así pues, si alguien no lo remedia —y a esta altura ya parece todo irreversible— una Feria que nació con espíritu eminentemente democrático (la primera se celebró en el paseo de Recoletos, en el Madrid de la Segunda República) y que tenía la virtud de acercar la cultura a una parte importante de la población madrileña, puede empezar a languidecer definitivamente. Va a ser muy difícil que la gente de a pie afloje diez pavos para entrar en un recinto cuyo único y monótono atractivo son largas filas de casetas llenas de libros. La Casa de Campo de Madrid, aparte de ser un parque en vías de extinción por estrangulación urbanística, tiene un acceso difícil para quienes no vivan en sus proximidades. Para muchos madrileños para quienes "ir a dar una vuelta a la Feria" formaba parte de su ritual de primavera, se ha acabado, sin que les den nada a cambio, toda una época.

JAVIER ALFAYA

Elogio desmedido de...

JOSE AGUSTÍN GOYTISOLO

Llegó a mi casa con una guitarra, así, a lo directo, con su cara de perro bueno y tímido, con su enorme jersey negro y sus pelos y su barba de tres o cuatro días. Entró, se sentó, bebió despacio y al fin comenzó a explicar que le gustaba poner música y cantar ciertos poemas de ciertos poetas. Eso debió de ser en 1966 o por ahí, no recuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que yo no le había oído nombrar, creo que muy pronto le editaron el primer disco, vino su rápido éxito; en Francia primero (*oh, Pacó Ibanés*), y después aquí, como un viento fresco y rápido.

La cuestión es que al poco de charlar ya estaba cantando poemas de Lorca, de Quevedo, de Jorge Manrique, de Góngora... Me quedé asombrado: su música y su voz daban una dimensión nueva y para mí desconocida a la letra de aquellos poemas. Creo que Ton y Julia, tanto o más que yo, le pidieron que siguiera, que se quedara a cenar, a dormir si convenía, pero que continuara cantando. El sonreía, bebía un sorbo, se secaba el sudor, y tomaba otra vez con mimo y firmeza la pulida guitarra. Siguió con Lorca,

pasó al Arcipreste de Hita, a Alberti y a León Felipe, y sin avisar, cantó dos o tres poemas míos. Me asusté. No tuve tiempo para sentirme halagado, porque me asusté. Me parecían poemas de otra persona, escritos como para ser cantados, o hechos cantando. Tóquenle los cojones al Paco Ibanés, pensé, y ya estaba escuchando a Valente, a Otero, a Gloria Fuertes, a Gil de Biedma o a Celaya, a Luis Cernuda... Sus canciones, no los poemas, eran algo nuevo, hermoso, sorprendente, pero también con sabor añejo, como medieval o renacentista, y en todo caso, trovadoresco. Nos seguimos viendo, en Barcelona primero, luego en París, en la rue Delambre, uno de cuyos bares, el Salvy, era y es una especie de cuartel general de Paco y de su

hermano Rogelio, otra criatura desmesurada de la que habría mucho que contar, lo mismo que del dueño y de la clientela del local.

Tiempo después, en 1968, con ya un par de discos en la calle, Paco se instaló en Barcelona con su mujer y su hija. Intentaba probar si le era posible encajar en la España de entonces, después de casi veinte años en Francia, a donde emigró con su madre, la Amá, y Rogelio, en 1949. Cambió de casa un par de veces, siempre por mis barrios, y trabajó poniendo

música a nuevos poemas. Pero no le dejaban actuar en público, sólo cantaba semiclandestinamente, como a escondidas, le multaban por actuar para universitarios u obreros, y no pudo aguantar la situación ni económica ni emocionalmente. Regresó a París, y al poco salía su tercer disco, y en seguida el doble grabado en directo en sus actuaciones en el Olympia.

Desde entonces hasta aquí le he seguido viendo muchas veces, siempre en París, en el Salvy, en su casa, en la de su madre o en la de Rogelio. Poco o nada se ha sabido de su empeño

en estos años, pero él siguió trabajando, cantando traducciones de Brassens, poemas de Neruda, acompañando al cuarteto del argentino Juan Cedrón, y poniendo música a poemas medievales y renacentistas castellanos. Ahora ha vuelto a España, y su impacto sigue siendo el de siempre, pero más matizado: se le escucha por la calidad de su voz y de su música, más que por la emocionalidad de una oposición política a la pasada dictadura. Ojalá repita sus estancias en este país, pues quedarse fijo sospecho que no lo hará. Para un espíritu anárquico como el suyo hay situaciones llamadas democráticas que le van a oler a cuerno: su único partido es el de los oprimidos y no conoce más disciplina que la de cantar verdades a todo dios.

